

pirar con libertad el aire de la tierra. Las calumnias amontonadas por el paganismo contra el Pontificado empezaron á desvanecerse. Sin embargo, la herejía de los donatistas turbó en aquellos días el regocijo de la familia cristiana y puso en activo servicio la prudencia, la sabiduría y la fortaleza del Padre Santo.

La doctrina católica no fue eclipsada.

Hemos llegado á la paz de la Iglesia por el imperio.

Desde Neron á Constantino la silla pontificia fue, á la vez que una cátedra gloriosa, un patíbulo tremendo. La mitra pontificia era un entretejido de abrojos, constantemente rociados por la sangre de los que la ceñían. Pontificar equivalía á morir.

Sin embargo, los sepulcros de los primeros treinta papas constituyen una pirámide de honor, gracias á la que la silla de Pedro domina las cumbres de toda grandeza. Cada uno de aquellos sepulcros es un peldaño de la santa escala de heroicos sacrificios, que debe subir la imaginación de los siglos, antes de llegar á la cátedra de la verdad, que triunfó por la persecución.

Los católicos que firmemente creen, los críticos que imparcialmente juzgan, se extasian, y no pueden menos de extasiarse, ante la grandeza de Pedro, que cimentó la mas prodigiosa dinastía en la historia aparecida. ¡Treinta sucesores muriendo para legar al mundo la soberanía de un ajusticiado!!! ¡Oh! los siglos jamás vieron esto, y no lo verán fuera de la Iglesia de JESUCRISTO.

Pero el Pontificado no obtuvo la paz, aunque fue ya mas raro el martirio de sus representantes.

La protección, como dijo el P. Félix, abrió para la Iglesia un nuevo camino de persecución; «aceptando la alianza con el imperio, la Iglesia aceptó una prueba temible, resultado de tres tentaciones que se resumen en una, y á las que ninguna vida humana hubiera podido resistir...

«La protección de los príncipes no podía ser siempre desinteresada. Extendiéndose sobre la Iglesia el prestigio de su grandeza real, consular ó imperial, para honrarla á los ojos de los pueblos, intentaban que la Iglesia les pagara el beneficio de su protección por algun sacrificio hecho á costa de su independencia... semejante tendencia es natural en las potestades de la tierra; y así debia presumirse ya que llegara el día en que los poderosos le ofrecerian positivamente la esclavitud.

«En efecto, esta exigencia vino... vino en cada siglo, pero especialmente en los siglos en que la Iglesia parecia recibir de los príncipes la mas pública protección.»

Colocados en este punto de vista tan sólidamente establecido por aquel eminente apologista, ya se deja suponer el carácter de la lucha que hubieron de sostener los Papas, para sacar á flote venturoso la independencia de la Iglesia.

Los tiranos pretendian estrellar la nave; los protectores pretendian cambiarle el consignatario. La nave es buena, dijeron, apropiémonosla.

Á nosotros la facultad de nombrar sus pilotos, de trazar su derrotero, de prescribir la táctica á su marinería.

Empero Dios habia dado á Pedro la independencia de su autoridad. Los césares podian llamarse hijos de la Iglesia, jamás árbitros de sus destinos.

Durante los siglos protectores los Pontífices tuvieron que luchar bajo este concepto.

«Yo lo declaro muy alto, decia el mencionado P. Félix, yo, hijo de la catolicidad, discípulo de la Religion del Calvario, ante el espectáculo de la Iglesia mi madre, revestida de la opulencia, llevada por los mismos pueblos en la carroza de su prosperidad terrenal, lo confieso, siento estremecerme... mas no, no hay motivo de temor; ni el polvo del siglo, ni el fango de las pasiones, ni la huella del tiempo tocarán el principio de su vida; nada de ello podrá llegar á sus entrañas, ni á su corazón, ni á su alma; nada de ello será capaz de corromper su espíritu incorruptible. Su vida permanecerá siempre pura, inalterable siempre. Al sonar la hora marcada, Dios le dice por órgano de acontecimientos ruidosos: *Hija del cielo, sacude tu túnica*. Y entonces la Iglesia se contempla cubierta con el polvo sobre ella arrojado por todos los caminos de la tierra; ella sacude su túnica teñida por la sangre del Cordero, y el lodo cae y el polvo desaparece... deja ver en su frente purificada el resplandor de su belleza virginal; y mostrando con divina altivez su vida milagrosamente salvada de las prosperidades mundanas, y de las manchas que la riqueza y la corrupción imprimen á donde quiera que toquen, exclama: «*Emmanuel*, «¡Dios conmigo! La riqueza que todo lo corrompe no me ha corrompido; el esplendor de mi prosperidad «no ha podido afectar en lo mas mínimo la integridad de mi vida (1).»

Pedro en el Capitolio supo ser mártir como en las catacumbas.

Faltaba la tercera prueba, ó sea la victoria sobre el periodo que ha sustituido la protección de la ley, por los derechos de la libertad á la Iglesia prometidos.

No debemos entretenernos en filosofar sobre la política contemporánea. Estamos en el campo de la historia.

El año 1789 prometió á la Iglesia el régimen de la libertad; no pedia otra cosa desde san Pedro á san Silvestre. Desde Neron á Majencio los emperadores — salvas raras excepciones — se resistieron á dar á la Iglesia la libertad á que aspiraba. Hasta Constantino la Iglesia no oyó la palabra: *Eres libre*.

El martirio de los cristianos era un crimen ante Dios; empero sentados los principios del paganismo y del imperio, aquel crimen era lógico.

Desde 1789 la persecución es no solo un crimen religioso, sino un contrasentido político, y sin embargo, despues del periodo de las catacumbas, la historia no nos presenta el hecho de haber sufrido martirio *tres papas* en menos de un siglo como hoy acontece.

*Martirio* decimos, no merece otro nombre la tortura sufrida por Pio VI, las persecuciones dirigidas contra Pio VII y el doble cautiverio de Pio IX.

Ninguno de los tres Papas hubo de verter la sangre; sin embargo, los tres fueron heridos en lo que mas sagrado es para un pontífice romano. La dignidad de la Iglesia

(1) *Discours sur les trois états, ou les trois conditions de la vie catholique*, par le P. Félix.

ultrajada, ridiculizadas las protestas papales, mancillado el trono con el que las generaciones habían querido glorificar á los maestros de la fe, y las sagradas personas de los sucesores de Pedro, vilipendiadas, escarnecidas, azotadas por el desprecio, coronadas por la irrisión; ¿no constituye esto un martirio verdadero? es indudable.

Estos tres ilustres Pontífices, mártires en medio de la sociedad contemporánea, son otros tantos testimonios que Dios envía al mundo de la indestructibilidad de la Silla de Pedro.

Pedro se llamó Pio VI, y la tiranía moderna se jactó de acabar con los días de Pedro la historia del Pontificado católico; Pio VI, después de haber luchado contra las pasiones de todos los grandes y de todas las muchedumbres, murió en el destierro; mas no sucumbió la cátedra.

Pedro se llamó Pio VII.

Pio VII heredó de su antecesor la lucha, las fatigas, el tormento; con todo la nave continuó surcando.

Hoy Pedro se llama Pio IX, y hoy la nave de Pio IX se halla combatida por el panteísmo filosófico, por el ateísmo social, por el protestantismo religioso, por el despotismo político. Insultado, usurpado, abandonado, desterrado primero, vigilado por la policía diplomática después, cautivo ahora, y no obstante *impertérrito siempre*, no suelta la cruz, que es el palo de la nave, y marcha adelante.

Las olas crecen, aumentan su furor los vientos, sucedense los torbellinos intrincados por los progresos del arte, todo se anula menos la frente que es el blanco de las tempestades; todo tiembla menos el barco, cuyo estremecimiento se desea; todo se enturbia menos la luz que estorba la libertad del crimen; todo se confunde menos la palabra de aquel cuyas definiciones arrebatan á la duda el imperio de las almas que pretende.

El trono cae y se exclama: «Cayó la cátedra santa.»

No, no, mil veces no, contesta el Pontífice; la cátedra la teneis en la nave que surca el mar de la tribulación; en el miserable banco en que se sienta el Pontífice cautivo, ó en el horrendo patíbulo en que espira el Papa mártir.

Para abolir la Silla de san Pedro debeis abolir la última de vuestras razones, el patíbulo; y eliminar la única libertad por vosotros eliminable, la libertad de morir.

Muriendo el Pontífice, el Pontificado vive; sentándose en el patíbulo, el Pontificado encuentra su cátedra.

En el patíbulo el Papa carece de corona real; en cambio ostenta el glorioso esplendor de otra corona; la corona del martirio.

Cualquier camino que la humanidad recorra va á la glorificación del Pontificado.

Si sigue el camino recorrido por Neron, glorifica al Pontificado dándole la diadema del martirio; entonces la silla de Pedro está en el patíbulo.

Si sigue el camino de Constantino, glorifica al Pontificado ciñéndole la corona de la soberanía; entonces la silla pontificia es el trono.

Aunque teniendo un trono, el Pontificado es el mártir de las dolencias inevitables

de la humanidad y de los errores no sometidos á su magisterio; como teniendo un patíbulo el Pontificado es soberano por el irresistible imperio de su palabra y de su moral; es decir, inútil es que la humanidad se agite, que la política gestione, que las escuelas sutilicen, que las sectas se fanaticen; el Papa será mañana, como hoy, lo que fue en la persona de Pedro

SOBERANO Y MÁRTIR.

La fe ha puesto por símbolo del poder de Pedro dos llaves en sus manos; la historia puede completar ya el simbolismo pontificio. Los siglos han visto á todos los Papas con un cetro y con una palma, símbolos del martirio y de la soberanía.

Es innegable que la sociedad contemporánea combate al Pontificado no sin sentir profundo é íntimo remordimiento. Tiene en su conciencia que es él una víctima inocente de las pasiones humanas, y si bien es su autoridad espiritual, su doctrina divina y su moral santa lo que estorba y derribar se quisiera, cúbrense las intenciones reales con pretextos aparentes, y se hace como que se apunta, no á las llaves de la conciencia y de la Iglesia, sino al cetro de la tierra que con justicia el Pontífice empuña.

Emitamos algunas consideraciones sobre los argumentos en que los adversarios de la gloria y del poder temporal se apoyan, y antes, dejemos sólidamente establecida la índole de relaciones é influencia del Gobierno temporal en la marcha y destinos de la civilización.

Un filósofo que ciertamente no será tachado de fanático, toda vez que es miembro de la llamada Iglesia protestante, escribía hace algunos años lo que va á leerse:

«Llenando y para llenar su misión religiosa, ejerciendo y para ejercer su potestad espiritual, el Pontificado ha tenido necesidad, absoluta necesidad de independencia, y de un cierto grado de autoridad material: y lo alcanzó en efecto, primero en Roma, luego á la intermediación de Roma, después en otros puntos de Italia, y sucesivamente bajo títulos diversos: primero como magistratura municipal; luego como propiedad territorial y en virtud del poder político inherente entonces á la propiedad; después á título de soberanía plena y directa. El territorio y el gobierno han venido, pues, al Pontificado como un apéndice natural y un apoyo necesario de su gran poder religioso y á medida que este poder se desarrollaba. Las donaciones de Pepino y de Carlomagno fueron tan solo uno de los principales incidentes de aquel desarrollo á la vez espiritual y temporal, comenzado muy á tiempo, y secundado así por el instinto de los pueblos, como por la munificencia de los reyes. Por el concepto de jefe de la Iglesia, y por serlo realmente, es por lo que llegó el Pontífice á ser soberano de un Estado.

«Realizada así por el curso natural de las cosas y por la fuerza de las circunstancias la unión de los dos poderes en el Pontífice, produjo un resultado natural tam-

bien, aunque imprevisto: estableció y ha hecho prevalecer en todos los países la distinción de esos mismos poderes. Es preciso, dijo Mr. Odilon Barrot en la Asamblea legislativa, que los dos poderes se confundan en el Estado romano, para que se separen en el resto del mundo. Muchos siglos antes que Mr. Odilon Barrot, el instinto de las sociedades cristianas y el interés general de la civilización habían pronunciado la misma frase. Como soberano temporal, el Pontífice no era temible para nadie, y sin embargo su soberanía temporal es una gran prenda de su independencia y de su autoridad moral. El igual de los reyes en dignidad, sin ser su rival en dominación, podía defender á toda hora la dignidad y los derechos del orden espiritual, verdadero origen y verdadera base de su poder. Que los Papas hayan abusado de esta situación, ahora para crear obstáculos, ahora para proteger á los soberanos con quienes estaban en guerra ó en alianza, ningun hombre ilustrado lo puede negar, y los amantes del derecho, de todos los derechos, deben ser los primeros en reconocerlo (1); pero no es menos cierto que solo al abrigo de esta pequeña soberanía temporal ha podido el Pontificado proclamar y sostener en Europa la diferencia esencial de la Iglesia y del Estado, la distinción de las dos sociedades, de los dos poderes, de sus dominios y de sus derechos mútuos. Este hecho, en el que estriban la salvación y el honor de la civilización moderna, debe su nacimiento y apoyo al doble carácter del Pontificado, y compensa ámpliamente los abusos que de su doble imperio hayan podido hacer los Papas.

«¿Qué sucede hoy? Al gran hecho histórico que se ha mantenido á través de tantos siglos y de tantas vicisitudes se opone un sistema; se afirma en principio, no solamente la distinción, la separación general, sino la absoluta incompatibilidad, cualesquiera que sean el tiempo, la forma y la medida de la Iglesia y del Estado, del poder espiritual y del poder temporal; y en lógica rigurosa, por seguir á todo trance las consecuencias de este principio, hay espíritus bastante ilustrados que olvidan la historia, hombres muy de bien que menosprecian el derecho de gentes, liberales que mutilan la libertad.

«No desdeño en manera alguna los sistemas y la lógica; son brillantes y saludables ejercicios en que el espíritu humano despliega, para investigación de la verdad, su fuerza y su vigor; pero cuando un sistema llega á tales consecuencias, cuando exige sacrificios tales, empiezo á desconfiar del sistema y rechazó sus pretensiones de verdad absoluta y de dominación universal. Aquellos vigorosos y atrevidos pensadores no lo son quizá bastante; es preciso ir mas lejos por el camino en que se colocan; es preciso reconocer que en el Pontificado el poder espiritual y el poder temporal están unidos íntimamente, son necesarios el uno al otro, y deben subsistir ó caer

(1) No se pone en duda la posibilidad del abuso en ningun gobierno temporal; el Papa como á rey es hombre, y la infalibilidad y la santidad la tiene prometida en orden al gobierno de la Iglesia; pero con la historia en la mano debemos consignar que de todos los gobiernos el que menos se ha prestado á los abusos de su autoridad, es el gobierno pontificio. Siendo el mas paternal de los poderes, rechaza por su índole misma la soberbia, la ambición y la envidia, tres pasiones radicalmente trastornadoras.

juntos (1); es preciso repetir muy alto que, al atacar y amenguar el poder temporal del Papa, se ataca y se amengua también su poder espiritual; es decir, se ataca á la Iglesia católica. Es preciso proclamar la necesidad y el derecho de poner fin á esta gran destrucción revolucionaria, como los absolutistas republicanos proclaman el derecho y necesidad de abolir todo reinado, todo poder no elegido por el pueblo; si quiera en ello hayan de padecer el derecho de gentes y la libertad. Y para asegurarse contra tales sacrificios es preciso creer que el tiempo por venir compensará las iniquidades y las tribulaciones que al tiempo presente afligen.»

Así habla el ilustre autor de *La Iglesia y la sociedad cristianas en 1861*, que fue una gran protesta de la justicia contra la iniquidad, de la sacrilega obra que entonces se proyectaba y que hoy se ha realizado del despojo del Soberano Pontífice. La lectura de los párrafos que hemos reproducido, debidos á una pluma manejada por una mano protestante, basta para ruborizar á los que llamándose católicos han tomado parte, ó aprueban ó miran con indiferencia el gran atentado que lloran y lamentan los hombres honrados de todas las naciones, que comprenden y palpan ya las consecuencias del espíritu de insubordinación y rebeldía que le ha llevado á cabo.

El filosofismo del siglo XIX, hijo legítimo del que tantos estragos causó en el XVIII, bate palmas con el mayor regocijo, porque cree muerto el Pontificado y con él el Catolicismo. En circunstancias no menos críticas que las presentes, Federico II de Prusia felicitaba á Voltaire por la misma causa, y le invitaba á escribir el epitafio para la losa sepulcral del Catolicismo, que ya era muerto, y al que solo podía salvar un milagro (2). El milagro se verificó entonces, y otro milagro se verificará muy pronto.

(1) Hé aquí en lo que los católicos no podemos convenir con Mr. Guizot. No es tan íntima é indisoluble la unión de los dos poderes que deban subsistir ó caer juntos. La obra de iniquidad, de tanto tiempo preparada, se ha consumado al fin: el Gobierno subalpino se ha apoderado del último resto de los ya tan menguados Estados de la Iglesia; y el Vicario de JESUCRISTO, el augusto Pio IX, se halla cautivo en el Vaticano. El Jefe del Catolicismo carece hoy de la libertad é independencia que tan necesaria le es para poderse comunicar con los doscientos millones de súbditos que cuenta y que se hallan esparcidos por el mundo; pero no por esto puede decirse que ha caído su poder espiritual: este permanecerá en el sucesor de Pedro hasta la consumación de los siglos, sea cualquiera el lugar donde se encuentre, y aunque tuviera que volver á las catacumbas. JESUCRISTO pronunció el *Tu es Petrus*, y ha ofrecido la estabilidad á su Iglesia, y primero que su palabra faltarán los cielos y la tierra. Prescindiendo de la mas que arriesgada proposición de que ambos poderes deben subsistir ó caer juntos, el discurso de Mr. Guizot demuestra de qué modo la verdad suele abrirse paso á través de todos los errores y preocupaciones mundanas.

(2) Correspondencia entre Federico II y Voltaire. Carta de 5 de marzo de 1767. En este documento, el coronado sofista decia al patriarca de la impiedad, refiriéndose á la Iglesia católica: «Este edificio minado por sus cimientos va á hundirse, y las naciones transcribirán en sus anales que Voltaire fue el promotor de esta revolución, que se hizo en el siglo XVIII en el género humano.» ¡Pobre gente! Lo que las naciones han transcrito en sus anales es que la gloria del gran Federico se eclipsó con la desmembración de sus Estados; que Voltaire fue un miserable que murió en el oprobio y la confusión, y que mas tarde el hijo, heredero y patrocinador del filosofismo, el gran conquistador Bonaparte, acabó sus días en la roca de Santa Elena. Desde el punto de vista de la fe cristiana, ¡cuán pequeños aparecen aun los hombres mas grandes!

Ocupémonos ahora de los católicos que dicen: «Nadie ha atentado contra el poder espiritual del Papa, pues lo que únicamente se le ha tomado es su cetro temporal.» Nosotros sabemos muy bien que la *reyedad* del Soberano Pontífice no es dogma: nadie ha sostenido tal proposición. El mismo Pio IX dijo en una ocasión solemne: «La Santa Sede no sostiene como dogma de fe el poder temporal; pero declara que le es necesario é indispensable, mientras dure este orden establecido por Dios, para sostener la independencia del poder espiritual.» Cita estas palabras del augusto anciano del Vaticano uno de nuestros más castizos escritores cuya elegante pluma está siempre al servicio de la buena causa, y reflexiona con la madurez y el buen sentido que se descubren en las siguientes frases: «Cierto que contra esta soberanía se alzaron en la edad media Arnaldo de Brescia y Rienzi: cierto que el eclipse de Avignon duró largo espacio de tiempo; cierto que Gregorio VII murió en destierro, y Clemente VII sufrió duro cautiverio, y Pio VII vió su corona de príncipe rodar en el suelo: hé aquí las vicisitudes del trono temporal en la serie de más de mil años; pero ¿hay algún trono en Europa que en un solo siglo no haya sufrido tantas y más vicisitudes que el trono pontificio en diez? En ochenta años se han vertido en Francia arroyos de sangre, se han ensayado varios sistemas de gobierno, y han acaecido cambios radicales; y á nadie ocurre la idea de que ese trono se suprima para evitar que otro Francisco I caiga prisionero en Pavía, que otra Convención sacrifique á otro monarca, que otro Consulado produzca otro absolutismo, que otras barricadas constituyan otra república, y que esa república se resuelva en otro imperio.

«Los que combaten el poder temporal del Pontífice no ignoran que combaten el trono más antiguo de Europa; el que ha visto erigirse todos ó casi todos los poderes; el que ha dado calor y desarrollo á todos los elementos civilizadores; el que ha recibido los homenajes de todo el mundo culto; el único trono cuya conquista no ha costado sangre y horrores; el único que no ofrece en la serie de los siglos los desastres de sucesiones reñidas, minoridades turbulentas, regencias desdichadas ni imprevistas abdicaciones: bien saben los que combaten el poder temporal del Pontífice que ese poder se funda en bases muy sólidas, y puede exhibir ante el tribunal de la historia títulos de allísimo origen y de no interrumpida legitimidad; bien saben los enemigos del rey de Roma que en el terreno de la historia, del derecho y de la razón son vencidos sin remedio; bien saben que en todas las lenguas del mundo se acaba de escribir la defensa de ese trono, formando muchos volúmenes, y que esos volúmenes son y han de ser un gran monumento consagrado por el siglo XIX á la causa de la verdad, de la justicia y de la civilización. Y á pesar de que saben todo esto, la idea de un sacerdote rey no cabe en su cerebro. ¿Será lo de rey, ó será lo de sacerdote, lo que tan poderosamente despierta en ciertos espíritus las iras contra el Pontificado (1)?...»

Así se expresaba el ilustre académico no hace aun diez años, cuando no creíamos que llegara á realizarse la gran iniquidad de setiembre de 1870; y por cierto que sus postreras palabras encierran un mundo de ideas. «¿Será lo de rey, ó será lo de

(1) Catalina: *La verdad del progreso*, cap. V. *El Pontificado y la revolución*.

sacerdote, lo que tan poderosamente despierta en ciertos espíritus las iras contra el Pontificado?» Hoy nadie puede desconocer que los enemigos del poder temporal lo son también del poder espiritual. Decimos más: los que combaten la *reyedad* del Jefe supremo de la Iglesia son malos católicos, ó han dejado de ser católicos. El mundo ha leído la carta modelo de refinada hipocresía en la que el rey invasor avisaba á Pio IX su resolución de mandar sus tropas sobre la ciudad eterna y las protestas que en ella hacía de su profundo respeto á la Cabeza visible de la Iglesia: y ahora se ha podido ver los insultos que por parte de los invasores recibe la Santa Sede: ahora se ha visto con escándalo de todos los hombres honrados, aun de aquellos que no pertenecen á la comunión católica, puestos en ridículas é impías caricaturas en los parajes más públicos de la ciudad eterna el Santo Padre, los eminentísimos cardenales de la santa Iglesia y hasta los mismos dogmas de la Religión. ¿Quién puede llamarse ya á engaño? ¿Á quién pueden seducir los artificiosos discursos de los enemigos de la soberanía temporal? Cansados estamos de oír decir: «El poder temporal del Pontífice no está indicado en el Evangelio.» Esto es una verdad, y por esto nadie ha pretendido ver un dogma en el principado civil del sucesor de Pedro. No se contiene en el Símbolo de los Apóstoles esta protesta: «Creo en el Papa-Rey;» pero ¿no hay esta otra: *Creo en la santa Iglesia católica*? Luego si la Iglesia ha aprobado esa soberanía temporal, si condenó las proposiciones del conciliábulo de Pistoya tan solo porque indirectamente tendía á censurarla; si en más de un concilio se han lanzado anatemas contra los que atacan el patrimonio de la Iglesia; si en más de una ocasión el actual Jefe supremo del Catolicismo los ha pronunciado contra los que han atentado contra su soberanía civil, se sigue que deja de ser católico el que la combate, porque el católico ha de aprobar con Pedro ó reprobár con Pedro. *El que no está conmigo está contra mí*, dijo Jesucristo, y así el que no está con su Iglesia está en contra de ella; y no necesitamos añadir más para dejar demostrado que los adversarios del poder temporal del Papa lo son al mismo tiempo de la Iglesia. Ni se trata de disculpar el hecho de la invasión de Roma con el especioso título de razón de Estado. No hay razón más fuerte que la que se apoya en la eterna justicia. San Pio V abominaba la razón de Estado, asegurando que estas palabras se habían inventado por hombres viciosos, contra la Religión y las virtudes morales. ¡Falsa política que ha sabido encubrir con artificiosas palabras lo que nunca será otra cosa que usurpación, dolo, mentira, y rebelión del derecho de la fuerza contra el derecho de la justicia!

No es el poder temporal del Pontífice tan antiguo como la Iglesia. Sabido es que la Iglesia nació y se desarrolló entre las más crueles persecuciones; que destinada á vivir tanto como el mundo, á resistir á los cataclismos, á sobrevivir á los tiempos, tuvo una infancia de tres siglos. Durante esta época dilatada, los Papas vivieron pobres y murieron mártires. En nada se ha manifestado más admirable la Providencia que en la propagación de la doctrina católica. En el siglo IV empezó una nueva vida para la Iglesia, la vida pública. Constantino la sacó de las catacumbas, la despojó de la roja vestidura del martirio y la elevó sobre su trono imperial engalanada con

el blanco manto del triunfo y la victoria. Y el triunfo de la Iglesia fue el triunfo de la humanidad, como la libertad del Pontífice fue la libertad del mundo. La civilización fué irradiando por todas partes, y á medida que se acercaban los dos grandes poderes, el espiritual y el temporal, reconociendo los césares la jerarquía de los Papas y estos la de aquellos, se suavizaban las leyes, se mejoraban las costumbres, y merced á la doctrina de caridad del Evangelio, á los preceptos saludables que por todas partes se predicaban, adquirieron justicia las leyes, garantía la propiedad, vínculos las familias y dignidad los individuos: la familia humana, que habia permanecido por espacio de tantos siglos en el estado de la mas vergonzosa abyección, y que semejante al enfermo que lucha con los últimos combates de la muerte parecia tocar á su próximo aniquilamiento, adquirió nueva vida, presentando la sociedad un nuevo y encantador aspecto.

Vamos á hacernos cargo de una objecion que parece ser el tema obligado de todos sus contrarios: «Los Papas no siempre fueron reyes: en los primeros siglos no tenían mas poder que el espiritual, y sin embargo aquella fue la edad de oro de la Iglesia.» Tan baladí es la objecion, que no hay persona medianamente instruida en la historia que deje de conocer su trivialidad.

Esta referencia á los siglos primitivos de la Iglesia no es nueva. Desde los maniqueos hasta los modernos protestantes se ha convertido en un medio para engañar al mundo cristiano.

Verdad es que en los primeros siglos de la Iglesia el Papa no tenia la *frágil corona de oro*, como dicen sus contrarios; ya hemos visto de qué manera el imperio trataba á los Papas sin corona. ¿Quién ignora que hasta la época feliz de Constantino no hubo para la Iglesia mas que crueles persecuciones? ¿Quién no sabe que durante aquellos tres siglos no hubo otra cosa que diez matanzas en masa ordenadas sucesivamente por Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano? Ningun erudito desconoce que lo mismo la gente culta que el populacho del grande imperio miraban al Cristianismo como una secta impía, enemiga de la humanidad. El culto católico era llamado la locura de los galileos, y las mas negras y pérfidas calumnias se inventaban para hacer caer sobre los discípulos de JESUCRISTO el desprecio de las gentes. «Se ha levantado una secta, decian, que predica en público el desprecio de los dioses y la destruccion de los altares. Es una raza dada á los maleficios, hombres culpables de todos los crímenes, sacrílegos, perdidos, enemigos de toda naturaleza, que no conocen el matrimonio, que se entregan á la mas infame disolucion, y, lo que es mas horroroso, se alimentan de carne humana. No solamente tributan culto á un ídolo absurdo, sino á un muerto, á CRISTO, que tras una muerte ignominiosa se ha hecho Dios. Así la cruz es para ellos un objeto sagrado, es el altar de todos los malvados que dan incienso á lo que ellos han merecido (1).» Tales eran algunas de entre las mil calumnias que cada dia y á cada hora se propalaban contra los fieles por aque-

(1) Arnobio.—Minucio Félix.

llos que en las impúdicas bacanales é inmoralísimas lupercales encontraban sus mayores delicias. Y en aquel estado de continua persecucion, en medio de aquella sociedad abyecta dirigida y gobernada por crueles emperadores que hacian correr á torrentes la sangre cristiana, ¿podia llevar el Jefe de la Religion la corona de oro? La Iglesia se hallaba en las catacumbas: allí oraban los fieles; allí se fortalecian por la participacion de la Eucaristía y por las plegarias dirigidas en comun para salir á librar las batallas del Señor. Ninguno temia á las hogueras, á las fieras del Circo, á los garfios y demás instrumentos preparados para su exterminio, pues la mayor gloria de los fieles era verter su sangre en defensa de Aquel que en la cresta del Gólgota vertió la suya para borrar con ella la escritura de la maldicion del mundo. El sucesor de Pedro se hallaba en su puesto de honor, el primero siempre en enseñar el camino de la cruz, esperando el privilegio de ser el primero en salpicar con su sangre las vestiduras de la Esposa inmaculada del Cordero. No habia, pues, para el Papa otra corona que la de espinas que llevó sobre su cabeza el divino Fundador de la Iglesia. Y aquí séanos permitido hacer una breve reflexion. Dadas las terribles persecuciones suscitadas por los poderosos emperadores del grande imperio, por aquellos orgullosos césares que veian á la humanidad arrastrarse al pié del Capitolio para servirles de alfombra; dadas aquellas luchas espantosas que hicieron correr arroyos de sangre por todas partes, ¿no hubiera sido anonadada la Iglesia, no hubiera muerto en su misma infancia al haber sido obra puramente humana? ¿Qué institucion resiste á combates de tal tamaño, de magnitud tan extraordinaria? Los que claman por los primitivos tiempos del Cristianismo ¿se hallarian dispuestos á aceptar el martirio? Bien que los que tales recuerdos hacen en el sentido indicado no desearian en verdad mas regla de conducta que las veleidades de su enferma razon y los caprichos de su corazon corrompido.

Avancemos un paso mas. Bien, nos dirán, «el Papa no pudo ser rey durante su permanencia en las catacumbas, pero tampoco lo fue en los tiempos que siguieron á la paz dada á la Iglesia por Constantino. Luego el poder temporal no es una necesidad para el Cristianismo.»

No se jacten, por Dios, los que así hablan, de tener profundos conocimientos en la historia. El advenimiento de Constantino al trono imperial fue un hecho verdaderamente providencial. Dios en sus altos juicios disponia los acontecimientos de tal manera que fuésen contribuyendo al desarrollo de la Iglesia y al bien general de la familia humana. Agradecido aquel grande hombre al milagroso triunfo que alcanzó de su rival y que le condujo á la primera magistratura del imperio, levantó la proscripcion que pesaba sobre el Cristianismo, declarándose despues protector de la nueva Religion cuyas ventajas sobre el paganismo eran palpables. ¿Ni cómo podia dejar de reconocer su divinidad despues de haber visto la cruz brillar entre las nubes y haber podido leer aquella prodigiosa inscripcion: *In hoc signo vinces?* Terminó, pues, la era de sangre; pero si bien dejó en libertad á los cristianos, si él mismo se afilió en las banderas de CRISTO recibiendo el sacramento de la regeneracion de manos del papa